

La Alhambra y la Granada Andalusí

MÓDULO 4

4.3. EL SISTEMA DEFENSIVO

Por *Juan Antonio Vilar*

Doctor en Historia. Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino

La Alhambra fue en origen una pequeña fortaleza musulmana (Hisn) construida hacia el siglo IX en la colina de la Sabika para complementar las defensas de la ciudad de Granada. En 1238, el primer sultán nazarí, Muhammad I, readaptó esa primigenia fortaleza y creó el llamado Alhizán o Alcazaba, convirtiéndolo en su residencia oficial. Al ser un periodo de guerras e inestabilidad política, sus defensas militares constituían aún su elemento principal, quedando en un segundo plano el espacio áulico. Sin embargo, con el paso del tiempo, los elementos poliorcéticos fueron quedando eclipsados por la belleza de sus palacios (Daral-Sultan).

La fortaleza de la Alhambra corresponde al grupo de las llamadas fortalezas antiguas, castillos adaptados a la orografía del terreno y situados en lo más alto de las colinas, facilitando así su defensa y el control visual del territorio. Sus muros estaban hechos de tapial (tabiyya).

Las torres de la Alhambra son de diferente tamaño, forma, ornato y comodidad, ya que fueron construidas en periodos diferentes y con fines diversos, siguiendo el proceso de crecimiento de la zona áulica alhambrense y de su medina, que duró hasta el siglo XIV. Así encontramos diversos tipos de torres en su recinto amurallado: torres contrafuerte o de flanqueo (la del Agua); torres almacén o vivienda (las de la Vela y del Homenaje); torres que cobijaban puertas (las de la Justicia, Siete Suelos, Picos o Armas); torres palacios o Qalahurras (las de la Cautiva y de las Infantas); y torres salón o Qubba (las de Comares y de los Abencerrajes). Sus murallas estaban coronadas por adarves dotados de merlones y almenas con abundantes saeteras y algunas troneras, y delante de lugares estratégicos como puertas, puentes de acceso o zonas difíciles de defender, se construían falsabragas con barbicanas que las protegían, evitando la labor de zapa o el peligroso acercamiento de maquinarias o torres de asalto. Pero era en las puertas, por ser los lugares más débiles de la fortaleza, donde se concentraba el grueso de los elementos defensivos; puertas blindadas con grandes planchas de hierro, sofisticados cerrojos y rastrillos, así como buhederas desde donde arrojar piedras u otros materiales a los asaltantes. Lo empinado de las laderas

La Alhambra y la Granada Andalusí

de la Sabika, la abundancia de agua en el interior de la Alhambra, agua que llegaba desde 1238 por medio de una gran acequia desde el río Darro, así como la multiplicidad de elementos defensivos usados en su construcción, parecían hacerla inexpugnable en época árabe. Desde 1238 hasta 1492 fue la última residencia real musulmana española y para su desgracia sus defensas militares se fueron quedando obsoletas ante los nuevos avances pirobalísticos, rindiéndose a los Reyes Católicos el 2 de enero de 1492, lo que supuso el fin de la reconquista cristiana de la península ibérica.

Al poco de su conquista, los Reyes Católicos transformaron la fortaleza, adaptándola a las nuevas formas ibéricas basadas en el uso de la artillería. De la mano de Ramiro López, la Alhambra se dotó de todos los nuevos avances poliorcéticos de la llamada época de transición: una serie de baluartes artilleros que originaron el primer frente abaluartado de la historia española, fosos secos, gruesos muros con adarves y troneras, hornillos, caponeras y cofres, además de un potente tren de artillería. Hacia 1495, la Alhambra era uno de los castillos mejor adaptados a la guerra moderna en Europa.

La venida de Carlos V a Granada durante su luna de miel con Isabel de Portugal en 1526 y su deseo de construirse una residencia real en la Alhambra, favorecieron el reforzamiento de sus murallas, añadiéndosele a las ya existentes, refinados sistemas antiartilleros, de los que quedan valiosos restos en el Adarve Nuevo o en el cubo artillero de la Alcazaba. Los viejos merlones fueron sustituidos por modernos parapetos de piedra de Alfacar.

Tras la sublevación morisca de 1568-1571 y su derrota y expulsión del reino de Granada, la fortaleza alhambreña, carente ya de enemigo de quien defenderse, cayó en lo militar en un profundo sopor y abandono que persistió hasta principios del siglo XIX. En esos más de 200 años, la labor fue conservar y proteger lo existente evitando su ruina, y teniendo como meta principal mantener cerrado y controlado su anillo de murallas.

En lo militar la Alhambra tuvo un corto renacer con la invasión napoleónica entre 1810 y 1812. Las tropas francesas reforzaron, por medio de modernas baterías artilleras, sus murallas y las alturas de su entorno cercano, convirtiendo de nuevo a la Alhambra en una fortaleza capaz de resistir un asedio moderno. Pero el día 17 de septiembre de 1812, volaron las novedosas baterías y en paralelo un gran número de antiguas torres nazaríes y de los edificios de su entorno. La Alhambra se convirtió en un

La Alhambra y la Granada Andalusí

cadáver poliorcético que necesitó más de 100 años para volver a ser rehecha. La labor inestimable de los arquitectos Mariano Contreras y Modesto Cendoya, supusieron la base para que en época de Leopoldo Torres Balbás se pudiera de nuevo cerrar el anillo de murallas. Hoy en día los elementos poliorcéticos de la Alhambra, miradores privilegiados sobre su entorno, a pesar de ser los elementos más abundantes del bien monumental, siguen siendo los más desconocidos. Lejos de las corrientes turísticas que todo lo controlan, sus baluartes y murallas duermen un sueño injusto y siguen en pie gracias a sus características propias, al estar hechos a prueba de bombas.